

Compréndese cuán funestas consecuencias puede tener ese paso brusco de una á otra sensación, según las condiciones variables de la atmósfera, sobre todo cuando la hipocresía moral, que predomina siempre, se junta á la hipocresía física de los vestidos. Bien vestidos durante el día para ir al templo, los fieles gustan de desnudarse por la noche para danzar al aire libre, al viento y al rocío, sus antiguas danzas paganas: la orgía sucede á la privación, el uso del opio al de la Biblia, y las enfermedades se aprovechan para deslizarse en los organismos agotados. Tal es en gran parte el origen de los resfriados, de las bronquitis tenaces, de la temible tisis, el enemigo por excelencia de los Polinesios, el azote que ha sucedido á la sífilis de las primeras décadas como el principal destructor de la raza: «¡He ahí el monstruo devorador, la tumba de Havaii! He ahí lo que hace nuestros caminos desiertos!» exclama el historiador kanaca David Malo, hablando del mal venéreo aportado á las islas por los marineros de Europa¹. Y sin embargo, la sífilis no ha herido jamás con tanto rigor como la tuberculosis. Stevenson cita la población del valle Hapaa, en Nukahiva: la viruela mató la cuarta parte de los habitantes; seis meses después se propagó la tisis como el fuego en el bosque; en menos de dos años una tribu de cuatrocientos individuos quedó reducida á dos supervivientes.

Por último, hay también una causa económica muy importante á la que puede atribuirse una gran parte de la desmoralización y, por consecuencia, de la mortalidad de los indígenas. El cese casi brusco del trabajo, producido por las nuevas relaciones establecidas con Europa y Australia, fué esa causa mayor. Antes de la llegada de los Europeos, los insulares empleaban su tiempo, no sólo en el cultivo y la pesca, sino también en trabajos de una industria muy larga y fatigosa: sin más instrumentos que huesos, aristas y otros menudos objetos, necesitaban mucho tiempo para tejer sus telas, embellecer y amueblar sus cabañas y construir sus canoas: todos trabajaban. Pero en cuanto se proveyeron de hachas y de cuchillos, en cuanto los mercaderes extranjeros les trajeron cuartos y

¹ Jules Rémy, *Ka Modelo Havaii*.

objetos de vidrio para reemplazar sus monedas de piedra tallada, ágatas ó jaspes, agujereadas, emplearon su tiempo en no hacer nada y se envilecieron y depravaron¹. Ya en este caso no es extraño que hubiera negreros que propusieran el trabajo forzado como remedio á esa holganza de los indígenas, y, sin más escrúpulos, algunos aventureros americanos se han entregado durante los últimos



Cl. del *Globus*.

SAMOA — DOS HERMANAS DE 11 Y 13 AÑOS

años del siglo XIX á la trata de los Polinesios, especialmente de los habitantes de las islas Gilbert, al Norte de las Ellice, invitándoles á bordo de sus barcos y transportándoles, vivos ó muertos, hasta la costa de Guatemala, donde se empleaban los escasos supervivientes.

El conjunto de las modificaciones aportadas por los civilizados conduce al Océánico por el camino de la muerte, tanto más lejos cuanto los cambios, buenos ó malos, indispensables ó accesorios, hayan sido

¹ Wilson Keate, *An account of the Pelew Islands*; — Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner*.

más numerosos. Reconócese cuán justa era la respuesta dada al honrado Gordon por una tribu á la cual tenía el remordimiento de haber iniciado en la civilización: «¿Qué puedo hacer por vosotros?» «Nada, no necesitamos nada. Marchaos, eso es lo único que os pedimos».

En el lenguaje convenido de los aduladores de toda opresión, suele hablarse del «cetro» y del «yugo» de la civilización, y más á menudo de su «égida» protectora, de su «escudo», de su «antorcha» y de su «aureola»; pero un explorador americano emplea otro término menos poético, el «látigo»; según él, por el látigo se ha de obligar á los simples al trabajo exigido por la sociedad moderna¹. Por desgracia, sin formular esa teoría, muchos plantadores la han aplicado ya en Caledonia, en las Nuevas Hébridas, en las islas Fidji, en Samoa, en las Sandwich, donde el «látigo» no ha dado mejor resultado que el «escudo» y la «aureola». Los indígenas han continuado envejeciéndose y pereciendo.

La enfermedad y la muerte se han apoderado de los habitantes de esas islas afortunadas, y, sin embargo, no hay que desesperar. En la historia de la humanidad, muchos grupos étnicos cogidos por los remolinos de las fuerzas en lucha, parecían también cerca de la muerte como lo son en nuestros días los Oceánicos, y al fin se han repuesto y prosperado de nuevo. Verdad es que hay pueblo, como el de los Vándalos, que ha desaparecido sin dejar huellas, pero es más frecuente que las tribus aventuradas fuera de su medio, ó sometidas al asalto de



Cl. del Globus

VIGA DE UNA CASA
Escultura maori.

¹ George Earl Church, *Geographical Journal*, Agosto 1901, p. 153.

poblaciones invasoras mejor armadas, no son destruidas por completo, sino que se acomodan poco á poco á las circunstancias dominantes, cambian de nombre, de religión, de costumbres y, por efecto de los cruzamientos, se funden de generación en generación en la raza misma de los exterminadores. Así es como los Guanches de las Canarias se han convertido en Españoles y los Pieles Rojas del territorio indio se transforman en «Anglo-Sajones». Del mismo modo los Oceánicos se cambian gradualmente en mestizos, en semi-Europeos; nuevas generaciones nos darán blancos tan completos como lo somos nosotros mismos, Iberos, Ligures, Celtas, Germanos y Eslavos mezclados de Semitas.

La facilidad y frecuencia de los viajes, que colocaron estas islas en la proximidad virtual del mundo europeo, tendrán por consecuencia indirecta la modificación de la raza. Las islas del Pacífico tropical parecen hechas para ser mansiones de felicidad: son paraísos más encantadores que los palmerales, ya muy bellos, de las márgenes del Eufrates y que los jardines de la Armenia, dominados de lejos por el doble cono del Ararat. Es seguro que la admirable «vía láctea» que miriadas de islas han formado en el mar del Sur, será, en un porvenir bastante próximo, una sucesión de retiros deliciosos donde irán á descansar por un tiempo ó á reposar toda la vida aquellos á quienes fatiga la ruda lucha industrial de nuestras grandes ciudades. Allá se suceden al infinito «costas de azur», no menos propensas al reposo que la «corniche» de Menton y la «costa» de Génova. Ya unos ingleses de Nueva Zelanda fletan barcos de vapor para ir á centenares á visitar de etapa en etapa los sitios más curiosos de aquel vasto mundo insular del Pacífico y, entre los visitantes, los hay que se quedan en el camino,



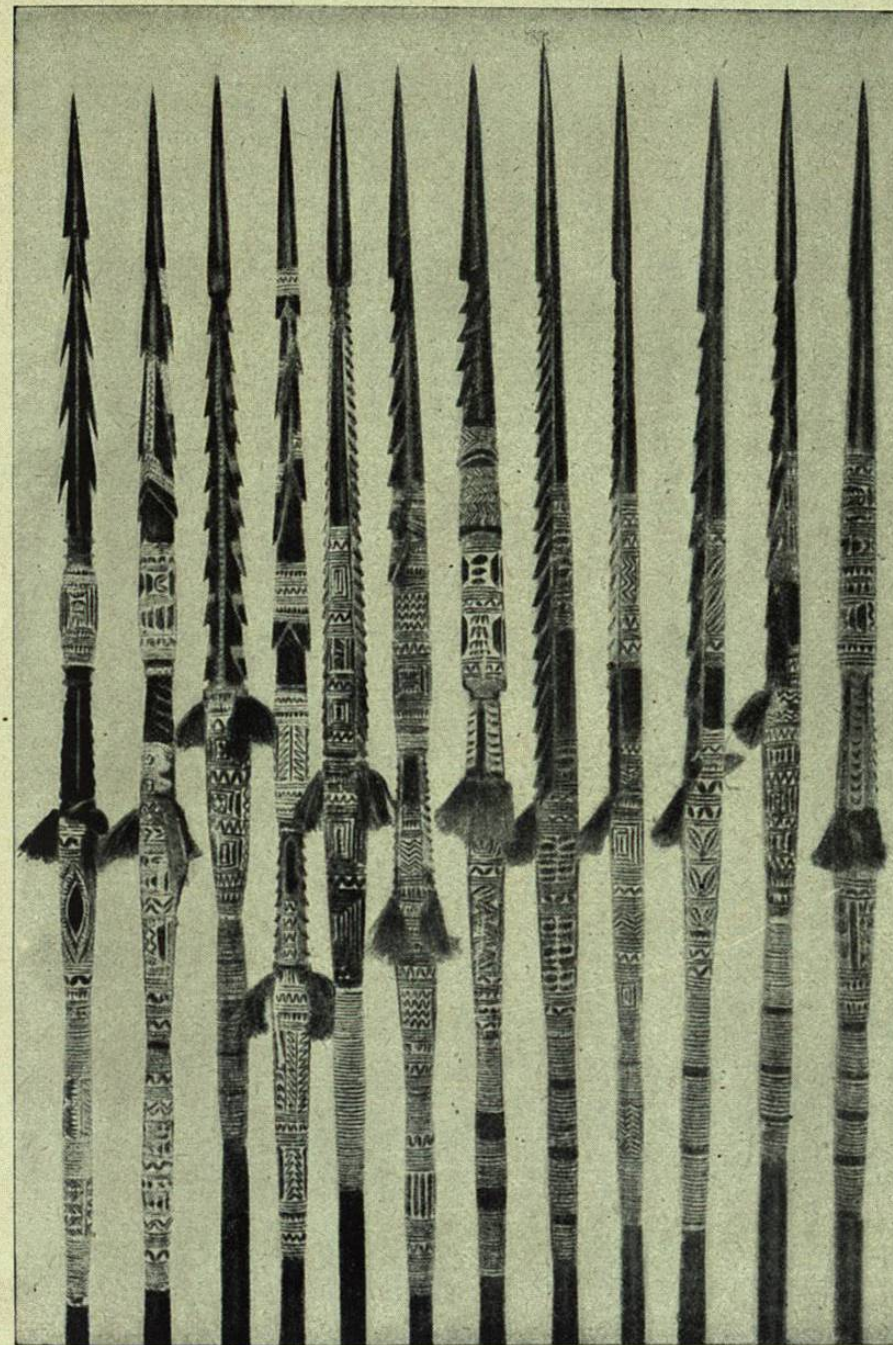
Cl. del Globus.

VIGA DE UNA CASA
Escultura maori.

á la orilla de una enseñada pacífica, bajo la sombra de un frondoso árbol del pan, donde la vida les será dulce.

Así se resolverá la antinomia actual. Mientras se hallaba como suspendida entre dos civilizaciones inconciliables, el Polinesio estaba en la situación de un animal cautivo, aturdido, sin pensamiento. Como decía Gratiolet, en una discusión memorable entre los miembros de la Sociedad de Antropología, el pobre insular vencido perdía la conciencia de su ser y todas sus ideas de moral se desvanecían; no sabía ya lo que era bueno ó malo y se dejaba conducir sin impulso propio, sin voluntad. En lo sucesivo, todos los que no hayan sido violentamente suprimidos, como lo fueron los Tasmanios, como lo son la mayor parte de las tribus de Australia, cesarán de tener la menor duda acerca de la corriente de civilización que les lleva consigo. Habiendo pasado por la «religión del aceite», ya deben saber lo que es nuestra sociedad moderna, donde todo se vende y se compra, pero que contiene en sí, sin embargo, una esperanza de progreso, un ideal de cosas más elevadas, como un brote imperceptible que un día ha de convertirse en flor.

La gran evolución consiste principalmente en el desprecio del *tabou*. Las piedras santas, los árboles fetiches, las huellas trazadas en el suelo han perdido su poder mágico, es decir, que los jefes espirituales y temporales y los jefes de familia, los maridos y padres han cesado de ser dueños absolutos y de dar á su voluntad una forma simbólica: los signos espantosos han llegado á ser ridículos, y, si los misioneros quieren conservarlos en beneficio de su propiedad, están obligados á recurrir al espionaje y á la delación. Verdad es que en lugar de los antiguos tabous, los extranjeros han traído otros, la Biblia, el crucifijo, la bandera; mas precisamente esos diversos símbolos pertenecen á una civilización fraccionada y se contradicen mutuamente. No presentan un conjunto que imponga al mismo tiempo la convicción, el respeto, el terror, y lo que es peor, los «portadores de antorchas», los mismos civilizadores creen á medias ó no creen las mismas doctrinas que están encargados de enseñar; mezclan la indiferencia y hasta el pensamiento libre á la instrucción religiosa, moral ó patriótica, es decir, que el movimiento que impulsa actualmente á los insulares es, con la diferencia



ARMAS POLINESIAS

Cl. del *Globus*.

de algunos años ó décadas, idéntico al que lleva todo nuestro mundo moderno. Se les convierte bien ó mal, pero á esta conversión se mezcla ya la «irreligión del porvenir». Uno de mis recuerdos más precisos es el de una controversia vehemente que hube de sostener á hora muy avanzada de la noche con un misionero que había de partir á la mañana siguiente para evangelizar á los antropófagos de las islas Fidji. El desgraciado partió muy quebrantado en su fe: «¿Pero al menos, preguntó angustiado, podré decirles que hay un Dios?»

El fondo atávico resurgirá indudablemente todavía con frecuencia, pero ¡cuántos Polinesios que nos describieron Cook y Bougainville, Moerenhout y Fornander se han transformado por completo! La moda del taraceo, que los insulares del mar del Sud, sobre todo los Maoris de Nueva Zelanda, las gentes de Taiti, de Samoa, de las Sandwich habían elevado á la altura de un gran arte, ha desaparecido casi por completo, á excepción de las islas más desgraciadas, las Marquesas. Y cosa curiosa, en muchas islas de la Polinesia frecuentadas por los extranjeros, la estadística de los taraceados comprende mayor número de Europeos que de indígenas, sin que aquéllos puedan jactarse, como antes los Maoris, de la noble elegancia de su dibujo. En este concepto la transformación puede considerarse como definitiva: actualmente los Polinesios manifiestan su coquetería en el vestido, como antes la manifestaban en el ornamento pictórico de su cuerpo libremente expuesto á las miradas.

El movimiento que se produce en la dirección de una civilización nueva, y que se indica claramente por el cambio en gran parte espontáneo del traje, se manifiesta más aún por la adquisición de un lenguaje nuevo. Las antiguas lenguas de amable sonido musical desaparecen cada vez más, reemplazadas por una jerga en que las palabras inglesas *toutou*, es decir, *cook*, cocinero, *titeta* por *tea-kettle*, tetera, y los términos franceses *repupilita* por *republique*, son desfigurados de una manera rara y graciosa, pero que á su vez reemplazan á la lengua verdadera, con sus investigaciones gramaticales y sus giros oratorios. Muchos Oceánicos ponen su orgullo en hablar bien lenguas europeas, en hacer cálculos matemáticos complicados, en recitar con cuidado largas enumeraciones geográficas y, lo que es más importante, ya no han de «matar el tiempo», pe-

ríodo de transformación que les fué tan funesto durante sus primeros años de contacto con los Europeos; en la actualidad adquieren oficios y profesiones diversas. Los marineros Polinesios son muy justamente apreciados, y el ballenero Bullen¹ les alaba en gran manera y habla con el mayor elogio de sus compañeros kanacas, naturales de Vau-Vau, en el archipiélago de los Amigos (Tonga). Altos, fuertes, diestros, serviciales, siempre francos y alegres, de un valor entusiasta, sobrios y verídicos, eran muy superiores por término medio, física y moralmente, á sus compañeros de origen europeo.

En este nuevo período de adaptación al ambiente europeo, muchos ejemplos recientes muestran felizmente que la pretendida ley de desaparición de raza suele fallar. Las estadísticas formadas por los trabajos del médico Gros, en las islas australes y de la Sociedad², establecen que desde la gran epidemia de escarlatina, que, en 1854, ocasionó ochocientas defunciones en Taiti, la población indígena y mestiza no ha cesado de aumentar regularmente cada año. Los datos del estado civil indican también aumentos en Borabora, la gran Tubiaí, y, según dicen los indígenas, Rorutua y Rimatava aumentaron también en población. M. Paul Huguenin dice que la población de todas las Islas de Sota-Vento, excepto Haahine, va en aumento considerable desde 1834. Por último, la isla de Rapa, que antiguos trabajos de cultivo y de irrigación prueban haber sido muy poblada antiguamente, pero que sólo contaba setenta habitantes en 1851, había más que doblado, casi triplicado el número de sus residentes cuarenta años después, y sin que un solo inmigrante, excepto un gendarme, representante de la República Francesa, hubiese ido á residir en la isla; en 1891 se contaban 191 ciudadanos en Rapa. No hay duda que con la ayuda del trabajo regular, de una buena higiene, de una vigilancia más cuidadosa con las enfermedades contagiosas y de una acomodación más completa al medio de nueva civilización, la población llegará á restablecerse en su estado normal, aun en las islas donde la tisis reina de una manera endémica; pero la despoblación continuará naturalmente en los archipiélagos cuyos habitantes son arrebatados de viva fuerza so

¹ Frank T. Bullen, *The Cruise of the «Cachalot»*, 2.º volumen.

² *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, 1896, fasc. 2 y 3, sesión de 20 Febrero 1896.

pretexto de «contratos voluntarios», porque la esclavitud es otra forma de la muerte y tal vez la peor.

Nada se pierde, se dice; pero es cierto que, de avatar en avatar, de desintegraciones en integraciones nuevas, las cosas del porvenir suelen parecerse muy poco á las del pasado. Como quiera que sea, los hechos que nos presentan los geógrafos y los antropólogos permiten afirmar que la bella raza polinesia no está en el artículo de la muerte: se transforma, pero persiste en sus nuevas alianzas. En su cándido amor de la vida, está además sostenida por una invencible esperanza. Ningún Oceánico se suicida: no comprende al Francés, al civilizado, que goza de la felicidad de ver, de aprender, de obrar y que, no obstante, se abandona hasta el punto de desertar voluntariamente de la existencia.

